

Arre borriquito

El taller desprende siempre una mezcla ya familiar de olores a los materiales y a las herramientas usados en él de forma habitual. Pez, bramante y lezna, en sus ágiles manos, cosen gomas suela y piel, de sandalias y abarcas a veces de encargo, y de otros remiendos de gentes del pueblo. Aquellos olores mezclados con otro especial que despide enseguida el bote de disolución al abrirle, e inundar el espacio, como queriendo sus vapores liberarse, llegan a la calle a través del balcón de la casa junto al que se sienta, en su banco, el zapatero.

Regresan por las tardes los campesinos con caballerías cargadas con grandes serones de leña que rebasan la esquina de la casa camino del juncarejo, no sin antes ver el balcón cruzándose su mirada con la mezcla de ese olor especial que a su través vomita el taller. Y a veces unos piensan y otros gritan, con envidia, “¡qué bien vives Serapio!”, a lo que él, sin dejar de tensar los dos cabos de bramante bien untados de pez y cogidos cada uno por una de sus manos, a la vez que sujeta la sandalia entre sus piernas sobre el mandil gris a rayas, levantando su cabeza para ver quién desde el burro le saluda con este lamento de envidia, contesta monótonamente, “¡jódete cabrón, y haber aprendió un oficio!”

Por las mañanas en primavera cuando el sol entra por la puerta que da al mirador sobre el patio de acceso a la casa, del taller rebosa el mismo

aroma ahora inundado por una luz que los rayos de sol perforan diagonalmente con el polvo en movimiento del así deslumbrado cuarto al que en ocasiones sube su hija a secarse el pelo, aprovechando esa orientación y calor natural que le permite a la vez peinar su larga melena de pelo de color castaño de espaldas a la puerta.

“Tía”, oye decir al niño desde el patio de abajo cuidado por la abuela. “¿Dónde estás?”, insiste el pequeño al ver que en el patio no está ya su tía. “No subas”, dice la joven, mientras sigue peinándose la melena y se seca entre un haz inmenso de rayos de sol y ese aroma del taller que todo lo impregna desde la mañana, con los primeros soles y costuras del padre, tío Serapio, el zapatero, como es conocido entre los convecinos. “No subas que cuando me seque el pelo bajo y seguimos jugando”. Insiste la joven. “¿Pero qué haces aquí?” Dice al instante al chico, quien ante su ausencia en el patio con él sube medio a gatas la escalera de madera en su busca, para seguir jugando como tenía por costumbre cuando iba a pasar el día a casa de los abuelos. Lo abraza y lo coge subiéndole sobre sus piernas, mientras ella continúa con el peine secando su melena bajo aquel sol ilumina además el taller con vivos colores reflejados por su melena, y por los dibujos de su vestido abierto azul con florecillas de color rojo y verde, y por sus botones de color canela, con intensos rayos.

“Venga, sube, anda”. Le dice al niño. “Arre borriquito, arre arre arre, arre borriquito, vamos a Belén, que mañana es fiesta y al otro también. Arre borriquito, vamos a Belén...”

La joven sigue peinando y secando su abundante pelo mientras el chico sobre sus piernas coge sus brazos que no dejan de peinar hacia atrás su larga melena ya casi seca, mientras las agujas del zapatero con maña y con gracia enhebran nuevos cabos de bramante ya impregnados en uno de los trozos de pez, e inician una nueva compostura de otras abarcas viejas a reparar, mirando de reojo a su nieto sobre las piernas de su hija sentada de espaldas al sol, desde su banco al otro extremo del taller, pensando, “¡vaya parejita! ¡Igual de locos los dos!”

El niño sentado en sus piernas se abraza a su joven tía, “arre arre arre ...” apoyando la cabeza en su pecho adormeciéndole el movimiento del “... arre arre arre ...” cuando al instante, inesperadamente, estremece su ser, la mano del niño. La mano infantil en sus brazos modelando a través de su escote sus pechos sin malicia en sus dedos, indagando las formas que, con el “arre arre arre ...” de la tía, jugando indaga las formas que a ella estremece, y no quiere... al principio... y consiente, y sigue su juego y enciende en ella ... otro juego, sin malicia en sus dedos, de unos senos cubiertos, “arre arre arre ...” Sigue la joven con sus piernas desnudas, saltando, alegría, y peinando la melena ya seca. “Vaya parejita...”, grita el abuelo desde el banco cosiendo y cantando con ellos, “arre, arre, arre,...”

Sin dar al principio importancia a la mano del niño, sigue y estremece su ser, y ya admite a través de su escote unos toques ingenuos de una mano infantil, a unos senos cubiertos que la mano modela, y que inocente ya busca y ya palpa, e indaga las formas y le da sensaciones, de arrullo y placer hasta entonces dormidas en su corta vida, “arre, arre, arre, ... arre borriquito, vamos a Belén”, canta el zapatero desde el banco del taller en el balcón mirando de reojo a los dos.

Cómplice ella, consiente, la caricia inconsciente, “arre arre arre, arre borriquito,...” sin dejar de cantar y sin dejar de peinar, “arre arre arre, vamos a Belén,...” que niño a mujer su cuerpo sin saber estremece y consiente, “arre arre arre,...” la toque y la palpe la mano del niño que insiste y juega y disfruta, “arre arre arre...” Placer consentido por distintos caminos, “arre arre arre...” Por goces surgidos en niño y mujer. Y no es mano adulta, que no echa ni en falta, “arre arre arre...” y admite los toques del niño que busca, pezones y senos, que indaga y que palpa y que juega y le da sensaciones de arrullo y placer.

“Arre arre arre, arre borriquito”, sigue el niño saltando, “al trote, al trote, al trote... al galope, al galope, al galope,...” con ella saltando en sus piernas y corriendo... con él, aventura y deseo y placer, hasta ahora dormidos, que encienden, “arre arre arre...” y ambos consienten, un niño a caballo de jóvenes piernas “... que mañana es fiesta”, ... su cuerpos estremece, “... y al otro también.”

La ingenua caricia indaga abundantes sus pechos para tiernos y chicos dedillos que palpan y rozan y arañan sin ver mas allá del juego, “arre arre arre... arre borriquito...” más allá del placer, cuando toca y palpa y subido a caballo una ingenua caricia de arrullo y placer. “Arre arre arre... arre borriquito... vamos a Belén”.

“Qué bien vives Serapio”, grita el campesino ya al volver del campo ya por la tarde doblando la esquina del taller mirando al balcón desde lo alto del burro al pasar. “¡Jódete cabrón, y haber aprendió un oficio!” Dice el tío Serapio en voz baja casi imperceptible, sin dejar de tensar los cabos de bramante con sus manos ahora cosiendo unos zapatos con las suelas descosidas, a la luz de la tarde y de una tenue bombilla que cuelga del techo del taller.

Javier Bodas Ortega

24/02/13